

hoy día en Nápoles cincuenta mil hombres que no viven mas que de yerba, y tienen por único bien la mitad de un vestido de lienzo : estas gentes, las mas desdichadas de la tierra, caen en un horroroso abatimiento al menor humo del Vesuvio; y tienen la necedad de temer volverse infelices.



CAPITULO XV.

De los emperadores despues de Cayo Caligula hasta Antonino.

CALIGULA sucedió á Tiberio. De él decian que no habia habido nunca mejor esclavo, ni peor señor : ámbas cosas van suficientemente ligadas; porque la misma disposicion de ánimo que es causa de que uno se haya admirado vivamente del poder ilimitado del que manda, lo es de que no se admire ménos cuando llega á mandar por sí mismo.

Caligula restableció los comicios (1), que Tiberio habia suprimido, y derogó aquel crimen de lesa magestad, que él habia establecido : por lo que puede juzgarse que el principio del reinado de los malos principes es á menudo como

(1) Los suprimió en lo sucesivo.

el fin del de los buenos; porque pueden hacer, por un espíritu de contradiccion relativo á la conducta de aquellos á quienes suceden, lo que los otros hacen por virtud; y á este espíritu de contradiccion debemos muchos buenos reglamentos, y muchos malos tambien.

¿Qué se ganó con ello? Caligula suprimió los delitos de lesa magestad; pero hacia morir militarmente á cuantos le desagradaban; su encono no se limitaba á algunos senadores, sino que tenia suspensa la cuchilla sobre el senado, amenazando esterminarle todo entero.

Esta horrenda tiranía de los emperadores provenia del espíritu general de los Romanos. Como cayéron de repente bajo un gobierno arbitrario, y como no hubo entre ellos casi intervalo entre mandar y servir, no estuviéron preparados para este tránsito con costumbres dulces; permaneció el humor feroz; los ciudadanos fuéron tratados como ellos mismos habian tratado á los enemigos vencidos, y fuéron gobernados por el mismo plan. Al entrar Sila en Roma no fué un hombre diferente de Sila entrando en Atenas; y ejerció el mismo derecho de gentes. En cuanto á los estados que no se sujetáron mas que insensiblemente, cuando les faltan las leyes, se gobiernan todavia por las costumbres.

La continua vista de los combates de los gladiadores hacia estremamente feroces á los Ro-

manos : y se notó que Claudio se volvió mas propenso á derramar la sangre á puro ver aquella especie de espectáculos. El ejemplo de este emperador , que era de un natural dulce , é hizo tantas crueldades , hace bien ver que la educación de su tiempo se diferenciaba de la nuestra.

Acostumbrados los Romanos á burlarse de la natura humana en la persona de sus hijos y esclavos (1) , no podian conocer apénas aquella virtud que llamamos humanidad. ¿ De qué puede dimanar aquella ferocidad que hallamos en los habitantes de nuestras colonias , mas que de aquel continuo uso de castigos sobre una desgraciada parte del género humano ? ¿ Qué puede esperarse de la dulzura y justicia , cuando somos crueles en el estado civil ?

Está uno fatigado de ver en la historia de los emperadores el infinito número de gentes á quienes diéron muerte para confiscar sus bienes. No hallamos nada semejante en nuestras historias modernas. Esto , como acabamos de decirlo , debe atribuirse á unas costumbres mas dulces y á una religion mas represiva ; y ademas , no se tienen ya que despojar las familias de aquellos senadores que habian assolado el mundo. Debemos á la medianía de nuestras fortunas este beneficio de estar mas seguras ; y no valemos la

(1) Véanse las leyes romanas sobre el poder de los padres y el de las madres.

pena de que se nos arrebaten nuestros bienes (1).

El pueblo de Roma , lo que se llamaba *plebs* , no aborrecia á los peores emperadores. Desde que habia perdido la dominacion , y que no estaba ocupado ya en la guerra , se habia vuelto el mas vil de todos los pueblos ; miraba el comercio y las artes como cosas propias de los esclavos únicamente ; y las distribuciones de trigo que él recibia le hacian abandonar las tierras ; le habian habituado á los juegos y espectáculos. Cuando no hubo ya tribunos que escuchar , ni magistrados que elegir , estas cosas vanas se le hicieron necesarias , y su ociosidad le aumentó el gusto de ellas. Asi echó ménos el pueblo á Calígula , Neron , Cómodo , y Caracala á causa de su locura misma ; porque gustaban ellos con furor de aquello á que era inclinado el pueblo , y contribuian con todo su poder y aun persona á sus diversiones ; por él derramaban profusamente todos los tesoros del imperio ; y cuando se hallaban agotados estos , viendo el pueblo sin pena despojar á todas las mayores familias , gozaba de los frutos de la tiranía ; y gozaba de ellos puramente , porque hallaba su seguridad en su baja-za. Semejantes príncipes aborrecian naturalmente á las gentes honradas , sabian que no te-

(1) El duque de Braganza tenia bienes inmensos en Portugal : cuando se rebeló , felicitáron al rey de España por la rica confiscacion que él iba á tener.

nian la aprobacion de ellas (1): indignados de la contradiccion ó silencio de un ciudadano austero, infatuados con los aplausos del populacho, llegaban á imaginarse que su gobierno hacia la felicidad pública, y que únicamente las gentes malintencionadas eran capaces de censurarle.

Calígula era un verdadero sofista en su crueldad: como él descendia igualmente de Antonio y Augusto, decia que castigaria á los cónsules si celebraban el dia de regocijo establecido en memoria de la victoria de Accio, y que los castigaria si no le celebraban; y habiendo muerto Drusila, á la que él acordó honores divinos, era un crimen llorarla, porque era hermana suya.

Aquí es necesario presentar el espectáculo de las cosas humanas. Veamos en la historia de Roma tantas guerras emprendidas, tanta sangre derramada, tantos pueblos destruidos, tantas haza-

(1) Los Griegos tenian juegos en que era decente combatir como era glorioso vencer; los Romanos no tenian apenas mas que espectáculos, y el de los infames gladiatores les era particular. Pero la gravedad romana no sufría que un gran personaje mismo bajase á la arena, ó subiese al teatro. ¿Como hubiera podido resolverse á ello un senador, al que leyes prohibian contraer ningun enlace con gentes á quienes los disgustos ó aun aplausos del pueblo habian deshonrado? En ellos se presentáron sin embargo algunos emperadores: y esta locura, que manifestaba el mayor desarreglo de su corazon, un menosprecio de lo que era perfecto, de lo que era decente, y de lo que era bueno, se nota siempre, en los historiadores, con el carácter de la tiranía.

ñas, triunfos, política, sabiduría, prudencia, constancia, valor; aquel proyecto de invadirlo todo, tan bien formado, tan bien sostenido, y tan bien acabado: ¿á qué vino á parar mas que á saciar la felicidad de cinco ó seis monstruos? ¿Qué! aquel senado no habia hecho desaparecer á tantos reyes mas que para caer en la mas baja esclavitud de algunos de sus mas indignos ciudadanos, y esterminarse con sus propios decretos! ¡No eleva uno pues su potestad mas que para verla mejor abatida! ¡Los hombres no se esfuerzan á aumentar su poder mas que para verle caer contra sí mismos en manos mas dichosas!

Habiendo sido muerto Calígula, se reunió el senado para establecer una forma de gobierno. Miéntras que estaba deliberando, entráron algunos soldados en el palacio para pillar; halláron en un sitio obscuro á un hombre trémulo de miedo: era Claudio, y le proclamáron emperador.

Claudio acabó de perder las antiguas órdenes dando á sus oficiales el derecho de administrar la justicia (1). Las guerras de Mario y de Sila no

(1) Augusto habia creado los procuradores; pero no tenian jurisdiccion; y cuando no los obedecian, les era necesario recurrir á la autoridad del gobernador de la provincia, ó del pretor. Pero tuviéron la jurisdiccion ordinaria en tiempo de Claudio, como tenientes de la provincia; juzgáron ademas de los negocios fiscales, lo cual trajo á su poder los bienes de todos.

se hacian mas que para saber quien tendría este derecho, si los senadores, ó los caballeros (1); una fantasía de un imbécil le quitó á unos y otros: extraño éxito de una disputa que habia causado el incendio de todo el mundo.

No hay autoridad mas absoluta que la de un príncipe que sucede á la república; porque se halla poseedor de toda la potestad del pueblo, que no habia podido limitarse á sí mismo. Por lo mismo vemos hoy día que los reyes de Dinamarca ejercen el poder mas arbitrario que haya en Europa.

No fué ménos envilecido el pueblo que el senado y los caballeros. Hemos visto que habia sido tan belicoso hasta el tiempo de los emperadores, que los ejércitos que se alistaban en la ciudad se disciplinaban inmediatamente, y marchaban en derechura contra el enemigo. En las guerras civiles de Vitelio y Vespasiano, Roma entregada á todos los ambiciosos, y llena de habitantes tímidos, temblaba á la vista de la primera banda de soldados que pudiera acercársele.

La condicion de los emperadores no era mejor: como no un solo ejército tenia derecho ó atrevimiento para elegirlos, bastaba que uno fuese elegido por un ejército para ser desagradable á los otros, que le nombraban desde luego un competidor.

(1) Véase Tácito, *Annal.*, lib. XII, cap. 54.

Así como la grandeza de la república fué fatal al gobierno republicano, la grandeza del imperio lo fué á la vida de los emperadores. Si no hubieran tenido que defender mas que un pais mediano, no hubieran tenido mas que un ejército principal, que habiéndolos elegido una vez, hubiera respetado la obra de sus manos.

Los soldados se habian apegado á la familia de César, que era garante de cuantos beneficios le habia proporcionado la revolucion. Llegó un tiempo en que todas las grandes familias de Roma fuéron esterminadas por la de César, y la de César, en la persona de Neron, pereció ella misma. El poder civil, que habian abatido incesantemente, se halló inhabilitado para contrapesar el militar; y cada ejército quiso elegir al emperador.

Comparemos aquí los tiempos. ¿Cuanto no se utilizó Tiberio del senado, cuando comenzó á reinar (1)! Supo que los ejércitos de Iliria y Germania se habian sublevado; les acordó algunas solicitudes, y sostuvo que le tocaba al senado juzgar de las otras (2); y les envió diputados de este cuerpo. Los que han cesado de temer al poder pueden respetar todavía la autoridad. Cuando se hubo representado á los soldados como en un ejército romano los hijos del

(1) Tácito, *Annal.*, lib. 1.

(2) *Cetera senatui servanda. Ibid.*, cap. 25.

emperador y los enviados del senado romano corrian riesgo de la vida (1), pudieron arrepentirse, y llegar hasta castigarse á sí mismos (2): pero cuando el senado fué enteramente abatido, su ejemplo no conmovió á nadie. En vano arengó Oton á sus soldados para hablarles de la dignidad del senado (3); en balde Vitelio envió á los principales senadores para hacer su paz con Vespasiano (4): porque no se restituye en un instante á las órdenes del estado el respeto que se les quitó por tan largo tiempo. No miraron los ejércitos á estos diputados mas que como á los mas infames esclavos de un señor á quien ellos tenían reprobado.

Era un antiguo estilo entre los Romanos, que el que triunfaba, daba algunos dineros á cada soldado: era poca cosa (5). Se aumentaron estos donativos en las guerras civiles (6). Los ha-

(1) Véase la arenga de Germánico. *Ibid.*, cap. 42.

(2) *Gaudebat cædibus miles, quasi semet absolveret.* Tacit., *Annal.*, lib. 1. Revocaron posteriormente los privilegios obtenidos por fuerza. Tácito, *ib.*

(3) Tácito, *Hist.*, lib. I, cap. 84.

(4) *Ibid.*, lib. III, cap. 80.

(5) Véase en Tito Livio las sumas distribuidas en diversos triunfos. El espíritu de los capitanes era llevar mucho dinero al erario público, y dar poco á los soldados.

(6) Paulo Emilio, en un tiempo en que la grandeza de las conquistas habia hecho aumentar las liberalidades no dió mas que cien dineros á cada soldado; pero César dió dos mil; y

cian en otros tiempos con el dinero cogido á los enemigos; se dió el de los ciudadanos en aquella desgraciada época, y los soldados querian un repartimiento cuando no habia botín. No se verificaban estas distribuciones mas que despues de una guerra: Neron las hizo durante la paz. Los soldados se habituaron á ellas, y se estremecieron contra Galba, que les decia con valor que no sabia comprarlos, sino escogerlos.

Galba, Oton (1), y Vitelio no hicieron mas que pasar. Vespasiano fué elegido como ellos por los soldados; el cual no pensó en todo el curso de su reinado mas que en restablecer el imperio, que se habia ocupado sucesivamente por seis tiranos igualmente crueles, casi todos furiosos, imbéciles con frecuencia, y por colmo de desdichas, pródigos hasta la locura.

Tito, que le sucedió, fué las delicias del pueblo romano. Domiciano hizo ver un nuevo monstruo mas cruel, ó á lo ménos mas implacable que los que le habian precedido, porque era mas tímido.

Viendo sus mas queridos libertos, y segun algunos dicen, su muger misma que Domiciano era tan temible en sus amistades como en sus

su ejemplo se siguió por Antonio y Octavio, Bruto y Casio. Véase Dion y Apiano.

(1) *Suscipere duo manipulares imperium populi romani transferendum, et transtulerunt.* Tácito, *Hist.*, lib. I, cap. 23.

odios, y que no ponía límites á sus desconfianzas y acusaciones, le matáron. Antes de dar el golpe, echáron la vista sobre un sucesor, y escogieron á Nerva, venerable anciano.

Nerva adoptó á Trajano, el mas cumplido príncipe de cuantos se habla en la historia. Fué una dicha el haber nacido en su reinado; y no hubo ninguno tan feliz y glorioso para el pueblo romano. Superior estadista, famoso campeón, dotado de un buen corazon que le inclinaba al bien, de ilustrados talentos que le mostraban lo mejor, de un alma noble, grande, y bella; con todas las virtudes sin ser extremo en ninguna; últimamente, hombre el mas propio para honrar la naturaleza humana y representar la divina.

Ejecutó el plan de César, é hizo con acierto la guerra á los Partos. Cualquiera otro se hubiera desgraciado en una empresa en que los peligros estaban siempre presentes y los arbitrios distantes, en que absolutamente era preciso vencer, y en que no estaba seguro de no perecer despues de haber vencido.

La dificultad consistia en la situacion de ámbos imperios y el modo de guerrear de los dos pueblos. Si se tomaba el camino de Armenia, hácia las fuentes del Tigris y Eufrates, se hallaba un pais montuoso, arduo, y en que no podian llevarse convoyes; de modo que el ejército es-

taba arruinado ántes de llegar á Media (1). Si se entraba mas abajo, hácia el mediodia, por Nisibe, se hallaba un horreroso desierto que separaba los dos imperios. Si se queria pasar mas abajo todavia, é ir por Mesopotamia, se atravesaba un pais en parte inculto, en parte sumergido; y yendo el Tigris y Eufrates del norte al mediodia, no se podia penetrar en el pais sin dejar estos rios, ni casi dejar estos rios sin perecer.

En cuanto al modo de hacer la guerra por parte de ámbas naciones, la fuerza de los Romanos consistia en su infantería, la mas fuerte, firme, y mejor disciplinada del mundo.

Los Partos no tenían infantería, sino una caballería admirable; peleaban de léjos y fuera del alcance de las armas romanas; el venablo podia alcanzarlos rara vez: sus armas eran el arco y flechas formidables; mas bien sitiaban que no atacaban un ejército; perseguidos inútilmente, porque el huir era combatir entre ellos, hacian á los pueblos retirarse á proporcion que se acercaban, y no dejaban en las plazas mas que las guarniciones; y cuando se tomaban, habia necesidad de destruirlas; quemaban con arte todo el pais alrededor del ejército enemigo, y le

(1) El pais no suministraba árboles bastante grandes para hacer las máquinas necesarias en los sitios de las plazas. Plutarco, *Vida de Antonio*, tom. 8, pág. 375.

quitaban hasta la yerba; finalmente, hacían poco á poco la guerra como la hacen todavía, actualmente hácia las mismas fronteras.

Por otra parte, las legiones de Iliria y Germania, que se transportaban á aquella guerra, no eran acomodadas para ella (1): acostumbrados los soldados á comer mucho en su país, perecían casi todos en el de los Partos.

Así lo que ninguna nacion había hecho todavía, evitar el yugo de los Romanos, lo hizo la de los Partos, no como invencible, sino como inaccesible.

Adriano abandonó las conquistas de Trajano (2), y limitó el imperio al Eufrates; y es cosa admirable que los Romanos no hubiesen perdido despues de tantas guerras mas que lo que habían querido dejar, como el mar, que no es ménos estenso mas que cuando se retira de sí mismo.

La conducta de Adriano causó muchos murmullos. Se leía en los libros sagrados de los Romanos que cuando Tarquinio quiso edificar el capitolio, halló que el sitio mas conveniente estaba ocupado por las estatuas de otras muchas divinidades: se informó, por medio de la ciencia que él poseía en los augurios, si ellas

(1) Véase Herodiano, *Vida de Alejandro*.

(2) Véase Eutropio. No se abandonó la Dacia mas que bajo Aureliano.

querrian ceder su lugar á Júpiter; y todas consintieron en ello, ménos Marte, la Juventud, y el dios Término (1). Sobre ello se establecieron tres opiniones religiosas; que el pueblo de Marte no cedería á nadie el lugar que ocupaba; que la juventud romana no sería sobrepujada; y que últimamente el dios Término de los Romanos no retrocedería nunca; lo que acaeció sin embargo en tiempo de Adriano.

CAPITULO XVI.

Del estado del imperio desde Antonino hasta Probo.

SE estendia y acreditaba en aquellos tiempos por todo el imperio la secta de los estoicos. Parecía que la naturaleza humana había hecho un esfuerzo para producir de sí misma aquella secta admirable, que era como aquellas plantas que la tierra hace nacer en unos lugares que el dielo no vió jamas.

Los Romanos le fuéron deudores de sus mejores emperadores. Nada es capaz de hacer olvidar al primer Antonino, mas que Marco Aurelio á quien él adoptó. Siente uno en sí mismo un interior gusto, cuando habla de este emperador;

(1) S. Agustin, de la ciudad de Dios, lib. VI, cap. 23 y 29.

no puede leer su vida sin una especie de enterrecimiento: el efecto que ella produce es tal, que tiene una mejor opinion de sí mismo, porque la tiene mejor de los hombres.

La sabiduría de Nerva, la gloria de Trajano, el valor de Adriano, y la virtud de ámbos Antoninos, se hicieron respetar de los soldados. Pero luego que nuevos monstruos hubieron ocupado su puesto, el abuso del gobierno militar apareció en su mayor grado; y los soldados que habian vendido el imperio, asesinaron á los emperadores para tener un nuevo precio.

Dicen que hay un príncipe en el mundo que se esfuerza, quince años hace, á suprimir en sus estados el gobierno civil para establecer el militar. No quiero hacer odiosas reflexiones sobre este designio: únicamente diré, que por la naturaleza de las cosas doscientos guardias pueden poner en seguridad la vida de un príncipe, y no ochenta mil; fuera de que es mas peligroso el oprimir á un pueblo armado que á otro que no lo está.

Cómo sucedió á Marco Aurelio su padre. Era un monstruo que seguia todas sus pasiones, y las de sus ministros y cortesanos. Los que libertaron de él á la tierra, pusieron en su lugar á Pertinax, anciano venerable, á quien los soldados pretorianos diéron muerte atroz al principio.

Pusieron el imperio á pública subhasta, y Didio Juliano sobrepujó con sus promesas; lo que indignó á todos; porque aunque se habia comprado á menudo el imperio, no se habia regateado sobre él todavía. Pescenio Niger, Severo y Albino, fueron proclamados por emperadores; y no habiendo podido pagar Juliano las sumas inmensas que él habia prometido, fué abandonado por sus soldados.

Severo derrotó á Niger y Albino; tenia grandes prendas; pero la dulzura, aquella primera virtud de los príncipes, le faltaba.

La potestad de los emperadores podia mas fácilmente parecer tiránica que la de los príncipes de nuestros dias. Como su dignidad era una reunion de todas la magistraturas romanas; que, dictadores bajo el nombre de emperadores, tribunos del pueblo, procónsules, censores, pontífices mayores, y, cuando lo querian, cónsules, ejercian frecuentemente la justicia distributiva, podian fácilmente hacer sospechar que habian oprimido á aquellos, á quienes habian condenado; juzgando comunmente el pueblo del abuso del poder por la grandeza del poder; en vez de que los reyes de Europa, legisladores, y no jueces, se descargaron de aquella parte de la autoridad que puede ser odiosa; y haciendo ellos mismos las gracias, cometieron

á varios magistrados particulares la imposición de las penas.

No hubo casi emperadores más celosos de su autoridad que Tiberio y Severo; y sin embargo se dejaron gobernar, el uno por Seyano, y el otro por Plauciano, de un modo miserable.

La desgraciada práctica de proscribir, introducida por Sila, continuó bajo los emperadores, y aun era menester que un príncipe tuviera alguna virtud para no seguirla; porque como sus ministros y validos tendían la vista desde luego sobre tantas confiscaciones, no le hablaban más que de la necesidad de castigar, y de los peligros de la clemencia.

Las proscripciones de Severo hicieron que muchos soldados de Níger (1) se retirasen á los Partos (2); á los que enseñaron lo que les faltaba á su arte militar, á hacer uso de las armas romanas, y aun á fabricarlas; lo que fué causa de que aquellos pueblos, que por lo comun se habían limitado á defenderse, fuesen casi siempre agresores en lo sucesivo (3).

(1) Herodiano, *Vida de Severo*.

(2) El mal continuó en tiempo de Alejandro. Artajerjes, que restableció el imperio de los Persas, se hizo formidable á los Romanos, porque sus soldados, por capricho ó licencia, desertaron á montones hácia él. *Compendio de Jiflin*, del libro 8o de Dion.

(3) Es decir los Persas que los siguieron.

Es notable que en aquella serie de guerras civiles que se suscitaron de continuo, los que tenían las legiones de Europa vencieron casi siempre á los que tenían las de Asia (1); y se halla en la historia de Severo que él no pudo tomar la ciudad de Atra, en Arabia, porque habiéndose amotinado las legiones de Europa, se vió precisado á valerse de las de Siria.

Se conoció esta diferencia desde que se comenzó á hacer alistamientos en las provincias (2); y fué tanta entre las legiones cuanta era entre los pueblos mismos, que, por la naturaleza y educación, son más ó menos aptos para la guerra.

Hechos estos alistamientos en las provincias, produjeron otro efecto; los emperadores, tomados en la tropa comunmente, fueron casi todos extranjeros, y bárbaros á veces; y no fué Roma

(1) Severo destruyó las legiones asiáticas de Níger; Constantino, las de Licinio. Vespasiano, aunque proclamado por los ejércitos de Siria, no hizo la guerra á Vitelio mas que con las legiones de Mesia, Panonia, y Dalmacia. Estando Ciceron en su gobierno, escribía al senado que no podía contarse con los alistamientos hechos en Asia. Constantino no venció á Maxencio, dice Zósimo, mas que por su caballería. Sobre esto véase el séptimo parágrafo del cap. 22.

(2) Augusto redujo á cuerpos fijos las legiones, y las colocó en las provincias. En los primeros tiempos no se hacían alistamientos mas que en Roma, después en los Latinos, posteriormente en Italia, y en las provincias por último.

ya la señora del mundo, sino que recibió las leyes de toda la tierra.

Elevó á ella cada emperador alguna cosa de su país, tocante á los modales, costumbres, policia ó culto; y Heliogábalo llegó hasta querer destruir todos los objetos de la veneracion de Roma, y quitar todos los dioses de sus templos para colocar en ellos el suyo.

Esto, prescindiendo de las ocultas vias que Dios escogió y que él solo conoce, sirvió mucho para el establecimiento de la religion cristiana; porque no habia ya nada de estrangero en el imperio, en el que estaban dispuestos á recibir cuantas costumbres quisiera introducir un emperador.

Es sabido que los Romanos recibieron en su ciudad los dioses de los otros países. Los recibieron como conquistadores; los hacian llevar en sus triunfos; pero cuando los estrangeros mismos llegaron á establecerlos, los reprimieron en el principio. Se sabe ademas que los Romanos tenian costumbre de dar á las divinidades estrangeras los nombres de las suyas que les eran mas correlativas; pero cuando los sacerdotes de los otros países quisieron hacer adoptar en Roma sus divinidades bajo sus propios nombres, no fueron tolerados; y fué uno de los grandes obstáculos que halló la religion cristiana.

Podríamos llamar á Caracala, no tirano, sino

destructor de los hombres. Caligula, Neron, y Domiciano, limitaban sus crueldades á Roma; este iba á esparcir su furor por toda la tierra.

Severo habia empleado las exacciones de un dilatado imperio, y las proscripciones de los que habian abrazado el partido de sus competidores, en juntar inmensos tesoros.

Habiendo comenzado Caracala su imperio matando con su propia mano á su hermano Geta, empleó sus riquezas en hacer llevadero su crimen á los soldados, que querian á Geta, y decian que habian hecho juramento á los dos hijos de Severo, pero no á uno solo.

Estos tesoros amontonados por algunos principes no tuvieron casi siempre mas que funestos efectos; corrompen al sucesor, que se alucina con ellos y si no le depravan el corazon, le vician el ánimo. Forma desde luego grandes empresas con un poder que es accidental, que no puede durar, que no es natural, y que es mas bien hinchazon que grandeza.

Caracala aumentó la paga de los soldados; Mácrino escribió al senado que este aumento ascendia á setenta millones⁽¹⁾ de dracmas⁽²⁾. Hay apariencia de que este principe abultaba las cosas; y si se compara el gasto de la paga de nues-

(1) Siete mil miriadas. Dion, *in Macrin.*

(2) La dracma ática era el dinero romano, la octava parte de la ouza, y la sexagésima de nuestro marco.

tros actuales soldados con los restantes dispendios públicos, y se sigue la misma proporción tocante á los Romanos, se verá que esta cantidad hubiera sido enorme.

Es preciso indagar cual era la paga del soldado romano. Sabemos de Oroze que Domiciano aumentó en una cuarta parte la paga establecida (1). Parece, según el discurso de un soldado en Tácito (2), que ella era de diez onzas de cobre á la muerte de Augusto. Se halla en Suetonio (3) que César habia doblado la paga de su tiempo. Plinio (4) dice que la habian disminuido de una quinta parte en la segunda guerra púnica. Ella fué pues de unas seis onzas de cobre en la primera guerra púnica (5), de cinco en la segunda (6), de diez bajo César, y de trece y un tercio bajo Domiciano (7). Haré algunas reflexiones aquí.

(1) La aumentó en razón de setenta y cinco á ciento.

(2) *Annal.* lib. I, cap. 17.

(3) Vida de César.

(4) *Historia natural*, l. XXXIII, art. 13. En vez de dar diez onzas de cobre por veinte, se diéron diez y seis.

(5) Un soldado, en Plauto, en *Mostellaria*, dice que ella era de tres ases; lo que no puede entenderse mas que de las ases de diez onzas. Pero si la paga era puntualmente de seis ases en la primera guerra púnica, no se disminuyó de un quinto en la segunda, sino de un sexto; y se abandonó la fracción.

(6) Polibio que la valua, en moneda griega, dice que no se diferencia mas que en una fracción.

(7) Véase Oroze y Suetonio, en *Domit.* Dicen lo mismo con

La paga que la república daba fácilmente cuando no tenia mas que un corto estado, cuando hacia todos los años una guerra, y recibia despojos, no pudo darla ella sin adeudarse en la primera guerra púnica, en que estendió sus brazos fuera de la Italia, y tuvo que sostener una guerra larga, y mantener numerosos ejércitos.

En la segunda guerra púnica, se redujo la paga á cinco onzas de cobre; cuya disminucion pudo hacerse sin peligro en un tiempo en que los mas de los ciudadanos se avergonzaron de recibir el sueldo mismo, y quisieron servir á sus espensas.

Los tesoros de Perseo y los de otros infinitos reyes que se llevaron á Roma de continuo, hicieron cesar allí los tributos (1). En medio de la opulencia pública y privada, se tuvo la sabiduría de no aumentar la paga de cinco onzas de cobre.

Aunque en esta paga se hacia una deducción para el trigo, vestidos y armas, fué suficiente, porque no se alistaban mas que los ciudadanos que tenian un patrimonio.

Habiendo alistado Mario á unas gentes que no

diferentes espresiones. He hecho estas reducciones en onzas de cobre, á fin de que, para entenderme, no fuera necesario el conocimiento de las monedas romanas.

(1) Ciceron, de los *Oficios*, l. II.

tenian nada, y habiéndose seguido su ejemplo, César se vió precisado á aumentar la paga.

Continuado este aumento despues de la muerte de César, hubo necesidad, en el consulado de Hircio y Pansa, de restablecer los tributos.

Habiendo aumentado Domiciano por debilidad esta paga en una cuarta parte, hizo una gran llaga al estado, cuya desgracia no es que en él reine el lujo, sino que reine en unas condiciones que, por la naturaleza de las cosas, no deben tener mas que lo físicamente necesario. Últimamente, habiendo hecho Caracala un nuevo aumento, el imperio fué reducido á aquel estado en el que no pudiendo subsistir sin soldados, no podia subsistir con ellos.

Caracala, para disminuir el horror del asesinato de su hermano, le puso en la clase de los dioses; y lo que hay de singular, es que esto le fué devuelto puntualmente por Macrino, quien, despues de haber mandado darle de puñaladas, y queriendo aplacar á los soldados pretorianos, desesperados con la muerte de este príncipe que les habia dado tanto, hizo edificarle un templo, y estableció allí sacerdotes flamines en su honor.

Esto fué causa de que su memoria no quedase deshonrada, y que no atreviéndose á juzgarle el senado, no fuese agregado á la clase de los tira-

nos, como Cómodo, que no lo merecia mas que él (1).

De dos insignes emperadores, Adriano y Severo (2), el uno estableció la disciplina militar, y el otro la relajó. Los efectos correspondieron muy bien con las causas: los reinados que se siguiéron al de Adriano fuéron felices y sosegados; despues de Severo, se viéron dominar todos los horrores.

Las profusiones de Caracala con los soldados habian sido inmensas; y habia seguido muy bien en el consejo que su padre le tenia dado al morir, de enriquecer á los militares, y no pararse en los demas.

Pero esta política no era casi buena mas que para un reinado; porque no pudiendo hacer ya el sucesor los mismos dispendios, era asesinado desde luego por el ejército; de modo que se veian siempre los emperadores prudentes muertos por los soldados, y los malos por conjuraciones ó decretos del senado.

Quando un tirano que se entregaba á los militares habia dejado á los ciudadanos espuestos á sus violencias y rapiñas, no podia durar esto tampoco mas que un reinado; porque los soldados, á puro destruir, llegaban hasta quitarse á

(1) Elio Lampridio, *In vita Alex. Severi*.

(2) Véase el Compendio de Jiflin, Vida de Adriano; y Herodiano, Vida de Severo.

si mismos su sueldo. Era necesario pues pensar en restablecer la disciplina; empresa que costaba siempre la vida al que se atrevia á tentarla.

Cuando Caracala fué muerto por medio de las asechanzas de Macrino, desesperados los soldados de haber perdido á un príncipe que daba sin tasa, eligieron á Heliogábalo (1); y cuando este último, que, no estando ocupado mas que en sus torpes deleites, los dejaba vivir á su antojo, no pudo ser ya sufrido, le diéron muerte atroz. Matáron igualmente á Alejandro, que queria restablecer la disciplina y hablaba de castigarlos (2).

Así un tirano que no se aseguraba la vida sino la facultad de cometer delitos, perecia con la funesta ventaja de que el que quisiera obrar mejor pereceria despues de él.

Despues de Alejandro, eligieron á Maximino, que fué el primer emperador de origen bárbaro. Su descomunal estatura y fuerza corporal le habian dado á conocer.

Fué muerto con su hijo por los soldados. Los dos primeros Gordianos perecieron en Africa. Máximo, Balbino y el tercer Gordiano, recibieron muerte atroz. Filipo mismo, que habia mandado matar al jóven Gordiano, fué muerto con

(1) En aquellos tiempos, todos se tenían por buenos para llegar al imperio. Véase Dion, lib. LXXIX.

(2) Véase Lampridio.

su hijo; y Decio, que fué elegido en su lugar, pereció sucesivamente por la traición de Galo (1).

Lo que se llamaba el imperio romano en aquel siglo, era una especie de república irregular, tal con corta diferencia como la aristocracia de Argel, en que la tropa, que tiene el poder soberano, hace y deshace á un magistrado que llaman dey; y quizas es una regla bastante general que el gobierno militar es, bajo ciertos aspectos, mas bien republicano que monárquico.

Y no se diga que los soldados no tomaban parte en el gobierno mas que con sus desobediencias y motines. ¿No fuéron las arengas que les hacian los emperadores de la especie de las que los cónsules y tribunos habian hecho en otros tiempos al pueblo? Y aunque los ejércitos no tenían un lugar particular para juntarse, que no se conducian con ciertas formas, y que no obrasen comunmente con serenidad, deliberando poco, y haciendo mucho, ¿no disponian ellos como soberanos de la fortuna pública? ¿y

(1) Casaubon repara, sobre la historia augustal, que en los ciento y sesenta años que ella contiene, hubo setenta personas que tuvieron, justa ó injustamente, el título de César. *Ades erant in illo principatu, quem tamen omnes mirantur, comitia imperii semper incerta.* Lo cual hace ver bien la diferencia de aquel gobierno con el de Francia, en que este reino no tuvo, en mil y doscientos años, mas que sesenta y tres reyes.

qué era un emperador mas que el ministro de un gobierno violento, elegido para la particular utilidad del soldado?

Cuando el ejército asoció al imperio (1) á Filipo, que era prefecto del pretorio del tercer Gordiano, pidió este que le dejaran el mando entero, y no pudo lograrlo; arengó al ejército para que la potestad fuese igual entre ellos, y no lo consiguió tampoco; suplicó que le dejaran el titulo de César, y se le negó; solicitó ser prefecto del pretorio, y se desechó su solicitud; finalmente habló en favor de su vida. El ejército en sus diversos juicios ejercía la suprema magistratura.

Los bárbaros, desconocidos de los Romanos en el principio, solamente incómodos despues, se les habian vuelto formidables. Roma, por un efecto del mas extraordinario suceso del mundo, habia arruinado tan bien á todos los pueblos, que cuando ella misma fué vencida, pareció que la tierra habia engendrado otros nuevos para destruirla.

Los príncipes de los estados vastos tienen por lo comun pocos países vecinos que puedan ser el objeto de su ambicion; y si los hubiera habido semejantes, hubieran sido envueltos en el curso de la conquista. Están confinando pues

(1) Véase Julio Capitolino.

con algunos mares, montañas, ó dilatados desiertos, que su pobreza hace despreciables. Por lo mismo los Romanos dejaron á los Germanos en sus selvas, y á los pueblos del norte en sus hielos, en donde se conservaron, y aun se formaron diversas naciones que los esclavizaron por último á ellos mismos.

En el reinado de Galo innumerables naciones, que se hicieron célebres en lo sucesivo, asolaron el imperio; y habiendo invadido los Persas la Siria, no dejaron sus conquistas mas que para conservar su botín.

Aquellos enjambres de bárbaros, que en otros tiempos salieron del norte, no se presentan ya hoy dia. Las violencias de los Romanos habian obligado á los pueblos del mediodia á retirarse al norte: mientras que subsistió la fuerza que los contenia, se quedaron allí; pero cuando la vieron debilitada, se esparcieron por todas partes (1). Lo mismo sucedió de allí á unos siglos. Las conquistas de Carlomagno y sus tiranías habian obligado por segunda vez á los pueblos meridionales á retroceder hácia el norte; y luego que se debilitó este imperio, se dirigieron otra segunda vez del norte al medio dia. Y si un príncipe asolara hoy dia igualmente la Europa, re-

(1) Se ve á que se reduce la famosa cuestion: ¿Porqué el norte no está ya tan poblado como en otros tiempos?

chazadas las naciones hácia el norte, y apoyada la espalda en los límites de la tierra, se resistirían allí hasta el momento en que inundarían y conquistarían la Europa por tercera vez.

Habiendo llegado á su colmo el espantoso desorden que reinaba en la sucesion del imperio, viéron presentarse, al fin del reinado de Valeriano, y durante el de Galiano su hijo, á diversos pretendientes, que habiéndose destruido los mas de ellos entre sí, y tenido un cortísimo reinado, fuéron llamados tiranos.

Habiendo caido Valeriano en poder de los Persas, y abandonando su hijo Galiano los negocios públicos, penetráron los bárbaros por todas partes; el imperio se halló en el estado en que él estuvo de allí á un siglo en occidente (1): hubiera quedado destruido desde entónces sin un concurso feliz de circunstancias que le reparáron.

Odenato, príncipe de Palmira, y aliado de los Romanos, arrojó á los Persas, que habian invadido casi toda la Asia. La ciudad de Roma formó un ejército de sus ciudadanos, que apartó á los bárbaros que iban á saquearla.

Un ejército innumerable de Escitas, que pasaban el mar con seis mil naves, pereció con los

(1) Le invadiéron los bárbaros ciento y cincuenta años despues en el imperio de Honorio.

naufragios, miseria, hambre, y su grandeza misma. Y habiendo sido muerto Galiano, Claudio, Aureliano, Tácito, y Probo, cuatro hombres insignes que por una gran fortuna se sucedieron, restablecieron el imperio pronto á pe-
recer.

CAPITULO XVII.

Mudanza en el estado.

Los emperadores, para impedir las continuas traiciones de los soldados, se asociáron algunas personas en quienes ellos tenían confianza; y Diocleciano, bajo el pretesto de la gravedad de los negocios, arregló que habria siempre dos emperadores y dos Césares. Juzgó que hallándose ocupados los cuatro principales ejércitos por los que tendrian parte en el imperio, se intimidarian unos con otros; que no siendo los demas ejércitos bastante fuertes para emprender hacer emperador á su jefe, perderian poco á poco la práctica de elegir; y que últimamente estando dependiente siempre la dignidad de César, repartida entre cuatro la potestad para la seguridad del gobierno, no estaria sin embargo en toda su estension mas que en poder de dos.

Pero lo que refrenó mas todavía á los milita-